

lentos, a nadie es difícil. Recordemos, cómo la piedad y devoción a María Santísima impuso en nuestro país, no solo en las universidades, sino en las santas escuelas y en las religiones a los legos mismos, el voto de creer y defender, que la Madre de Dios fué concebida en gracia. ¿Qué decían en este voto los legos y los ignorantes? «Segun mis fuerzas.» Así puede y debe ser el propósito de cada uno en agregarse á la propagación.

En efecto, nadie carece en el mundo de relaciones, ya de parentesco, ya de amistad. A ninguno faltará ocasión, ántes bien a todos se ofrecerán, aun sin buscarlas, oportunidades que no pueden sin culpa desaprovecharse. Bien se entiende que se trata aquí de aquellos casos en que no hay una obligación por nuestro propio estado ó por otras circunstancias de obrar el bien ó impedir el mal bajo nuestra responsabilidad ante Dios; porque en tales casos, haya ó no haya facilidad, debemos, a todo trance, hacer lo que conviene, y esto por justicia. Trátase de aquellas ocasiones y oportuñidades en que, no estando obligados de justicia, obramos por caridad y misericordia, aunque sea con sacrificio de nuestro tiempo, de nuestro gusto y de nuestro amor propio.

Convengamos, pues, en que la Propagación de

la moral en grande ó en pequeña escala, con esta ó aquella clase, de esta ó la otra manera, nada tiene de difícil para nadie; y será tanto mas fácil, cuanto mas nos empeñáremos en pedir á Dios sus gracias y auxilios para hacernos capaces y a los prójimos dóciles.

CAPITULO VI.

EL MÉRITO DE LA PROPAGACION.

De las cosas divinas es la mas divina cooperar con Dios en el negocio de la salvación de las almas, dice San Dionisio. Conviene con lo que dice Dios por Santiago (V, 20): «El que hiciere convertirse al pecador del error de su camino, salvará su alma y cubrirá la muchedumbre de sus pecados.» Salvaste una alma, salvaste la tuya. ¿Qué mayor mérito? No era necesario decir más para nuestro pleno convencimiento. Mas tampoco es inútil decir algo de lo que conviene.

«No todos los que me dicen, Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, dice Jesucristo, sino los que hicieron la voluntad de mi Padre.» ¿Y cuál es la voluntad mas declarada, mas conocida de este Padre tan amoroso, que

está en los cielos? Es la salvacion y la justificacion de las almas, y con especialidad de los pecadores. ¿Y quién es el que hace ó cumple mejor con esta misericordiosa voluntad? Es el que con mayor empeño, con mas prudente celo, con mas ardiente caridad busca la salvacion de su prójimo. Pues, si no hay para este fin tan noble otro medio de parte del hombre, que su reforma y su vuelta a la buena moral, claro es, que el mérito mas seguro, ganando á Dios una alma, es el del celoso, empeñoso, y prudente propagador, quien, como dice San Juan Crisóstomo, gana mas en su ejercicio que en ayunos y penitencias.

Ni fué otro el fin por el que Dios mandaba a su pueblo los profetas, ni tuvieron otra mision los esforzados apóstoles, ni han tenido otro deseo los verdaderos amadores de Dios y los santos; ni, por último, Jesucristo vino al mundo, sino a buscar a los pecadores, a salvar a las almas de Israel que perecian, a encender el fuego del amor divino en la tierra, a que los hombres tuviesen vida y la tuvieran con abundancia. Por esto mereció, dice San Pablo, un nombre sobre todo nombre, de modo que, al pronunciarle, doblarán la rodilla todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno. Por esto y de este modo ganaron los justos su salvacion eterna; y de ello

estuvo tan seguro San Ignacio de Loyola, que se le oía decir que, si estuviera cierto de que, muriendo iria luego al cielo, preferiria el quedar en la tierra, corriendo el riesgo de no salvarse, por tal de ganar almas para Dios. Bien sabia este grande hombre, que en este ejercicio, léjos de exponer su salvacion, acrecentaba sus méritos y sus premios en el cielo.

Pero aun acá en la tierra ¿no tendrá tambien premio el diligente y caritativo propagador? ¡Oh, sí, grandes y magnificos premios! ¿Qué satisfacion mas dulce para la conciencia que haber hecho el bien, y bien espiritual de nuestros semejantes, sin interes alguno temporal? ¿Qué estímulo más eficaz para ser nosotros mismos buenos cristianos, que el vivir procurando que nuestros hermanos lo sean? ¿Qué título más seguro, qué fundamento más firme para confiar que se cumplan en nosotros las divinas promesas? ¿Qué abundancia de auxilios y de dones no debemos esperar de un Dios liberalísimo, que se agrada, que se da por obligado con nosotros cuando procuramos ganarle aquellas almas que con su preciosa sangre redimió su mismo Hijo divino? No hagamos a Dios el agravio de dudar que premie con largueza nuestros pobres, humildes y desinteresados servicios.

No tenga parte en ellos la loca vanidad ó la

jactancia; no obremos con miras ó por respetos humanos; anime la caridad sincera nuestros esfuerzos; no confiemos en nuestros propios recursos; demos a Dios solo la gloria del triunfo; no nos dejemos vencer del cansancio ó del desconsuelo de ver frustrados nuestros deseos; trabajemos, instemos, obremos con constancia, prudencia y humildad, y estemos seguros de que Dios, desde esta vida hasta la otra, coronará nuestras fatigas.

CAPITULO VII.

QUIÉNES DEBEN Y PUEDEN SER PROPAGADORES.

Todos, todo aquel que tenga uso de razon y sea, por consiguiente, capaz de dar un buen consejo, de hacer una advertencia oportuna, de consolar a un afligido, hablándole de la Providencia y Bondad divina. Todos, porque a todos los fieles dice el Apóstol que se exhorten y se estimulen recíprocamente con palabras santas y con obras ejemplares. Todos, porque nadie está desobligado de los deberes de caridad; y todos somos hermanos en Dios, nuestro Padre único y universal, y más que hermanos somos los cristia-

nos en Jesucristo nuestro amoroso Redentor. Todos, porque todos debemos unir nuestra voluntad a la de Dios y todos debemos buscar nuestra salvacion de cuantas maneras sea posible, y esta manera ó este medio de hacer la felicidad espiritual de los demás, es el mas adecuado y seguro de hacer y conseguir la nuestra. Todos, en fin, porque a cada uno ha dado Dios uno ó muchos talentos, que debe emplear, no solo en sí mismo, sino tambien en sus semejantes; porque ningun egoista ha sido santo, ó lo que es lo mismo, ningun santo ha sido egoista. La diferencia está solo en aquellos que pueden y deben de justicia ser propagadores, especialmente con las personas que están bajo su influencia ó gobierno.

Estas personas no pueden moralmente, no deben ser indiferentes acerca de la moral de las otras que en cualquiera manera penden de ellas. Si alguno no tiene cuidado de los suyos, particularmente de sus domésticos, ha negado la fe y es peor que un infiel. Si el santo Apóstol, mas bien, Dios no lo dijera, podria creerse que habia en ello una exageracion. Tambien nuestro Salvador lo dió á entender así en la parábola de los talentos, sobre la cual dice San Juan Crisóstomo, que todos los hombres los tenemos más ó ménos nobles y abundantes; y todos por lo mis-

no seremos juzgados sobre el uso que hicimos de ellos en beneficio nuestro y de nuestros hermanos. ¿Qué sucedió con aquel miserable que por miedo y desconfianza envolvió el suyo en un pañuelo y lo enterró para volverlo entero a su Señor? No lo condenó éste porque lo hubiera malversado, sino porque no lo empleó para tener ganancia. ¿Qué suerte les esperará a los que emplean sus potencias, su saber, su poder, en hacer mal contra Dios y contra el prójimo? Tantos y tan terribles castigos, como son tantos y tan nobles y ricos premios los que deberán percibir los que empleen todos sus esfuerzos y facultades, aun en lo físico, para alcanzar la salvación propia y ajena.

Así, puede ser propagador el niño para con sus coetáneos, y será un espectáculo encantador ver a una criatura de pocos años que hace extensiva su propia educación a otras que no tienen la dicha de recibirla tan buena. Tal se ha visto en muchos santos, que sería largo referir, que desde la niñez comenzaron con los otros niños a hacer donosos, pero admirables ensayos de una vida apostólica y asombrosa. Los jóvenes en sus escuelas y colegios, ¿cuánto bien pueden hacer entre sus compañeros, aprovechando las buenas disposiciones, inutilizadas en muchos de ellos por falta de ejemplo, de estímulo

y de dirección? Esa grande obra de las conferencias de San Vicente de Paul, extendida por todo el mundo con tanto provecho material y moral, que cuenta entre sus socios a las personas mas piadosas y decentes en nuestra capital, que promueve tan eficazmente la morigeración de los pobres y la frecuencia de sacramentos, ¿á quiénes se debe sino a un puñado de buenos estudiantes, que comenzaron por enseñar la doctrina los dias de fiesta, por descansar del estudio, librándose a la vez del fastidio de la ociosidad y del peligro de las diversiones? Dios bendijo y bendice todavía tan noble pensamiento, y así lo bendiga y lo acreciente hasta el fin del mundo.

¡Ojalá suceda otro tanto con la obra de la propagación de la moral católica, que es tambien el principal y último objeto de todos los trabajos de las conferencias! Y sin duda, que si Nuestro Señor ha decretado allá en los arcanos de su misericordia, apiadarse de la humanidad, no se comprende, al ménos segun nuestra débil razon y pobre experiencia, que pueda ser de otro modo, que concediendo a todos esta gracia de comprender la importancia de la propagación y de emprender cuantos trabajos sean necesarios para conseguirla.

CAPITULO VIII.

LOS GOBERNANTES CRISTIANOS.

Es uno de los mas graves y funestos errores de los últimos siglos haber eliminado la Religión de la jurisprudencia y del gobierno. ¿Qué civilización pudo recibir la humanidad del paganismo? Una política invasora, cruel, tiránica. La esclavitud, la nulidad de la mujer, la prepotencia del rico, la abyección del pobre, la incontinencia legalizada, el derecho mal entendido y peor practicado. Solo el Evangelio pudo disipar las tinieblas que ofuscaban la justicia, que oscurecían la moral, que endurecían el corazón humano. Y de este Evangelio y de la Justicia divina y eterna se desquician hoy la razón, la ley, las costumbres, los derechos y los gobiernos. Parece que se le dice a Dios: «No necesitamos de tí para ser felices. Nos estorbas para poder progresar. Somos naturalmente libres y no tienes poder legítimo sobre nosotros.» *El que habita en los cielos, dice David, se burlará de estos blasfemos, y el Señor se mofará de ellos.*

Esto sea dicho, porque el empeño, por cierto muy vano de nuestro siglo, es establecer la mo-

ral sobre cualquiera otra base que no sea la revelación, la ley divina, la conciencia cristiana, la razón católica, el Evangelio. ¡Qué necedad y qué locura! Si la razón humana basta para ser virtuosos, veamos lo que son los apaches y comanches en nuestras fronteras. Si la justicia se funda en la voluntad del pueblo, es necesario negar lo que se palpa, las malas inclinaciones del hombre y las tendencias de las masas. Si se quiere que haya moral pública y popular, y se defiende, se respeta y hasta se canoniza la inmoralidad privada é individual, es querer que el todo no se componga de las partes, ó que las partes comuniquen al todo la naturaleza que no tienen. Querer que los hombres en su casa sean una cosa, y otra en la asamblea, en el juzgado, en la plaza, es exigir de derecho la falsedad y la hipocresía. Luego es necesario que los gobiernos procuren por todos los medios posibles para los pueblos una verdadera, sólida y sincera moral.

Pues moral con estas condiciones, no es mas que la moral católica. La que nace de la conciencia y no de la ciencia mundana. La que nace de la voluntad y no de la fuerza, del temor y del castigo. La que tiene su principio y su fin en Dios y no en los intereses rastreros de la tierra. La que mira a los gobernantes como

personas puestas por Dios para mandar, y no la que los considera como ambiciosos afortunados que han subido a los tronos sobre montones de víctimas inocentes. La que le dice al hombre: «Eres libre porque libre te crió Dios; pero no lo eres para rebelarte, para desobedecer, para desconocer la razón, para negar la verdad, para oponerte a la justicia; porque esto será, como dice San Agustín, señal de la libertad, pero no el uso de la libertad.» ¿Qué quiere decir todo esto? Que los gobiernos, cuanto mas populares sean, están mas que nadie obligados a procurar en los pueblos la moral, y moral católica, única verdadera y útil, si no quieren ser ellos mismos, como han sido ya algunos, las primeras víctimas de un pueblo a quien han insolentado con los disparates de la política moderna y de una moral filosófica, falsa, hipócrita, perjudicial é infame.

Si el mundo ha de abrir los ojos ántes de espirar en el triste lecho de la miseria, de la tiranía y de la maldad, ha de ser cuando los gobiernos comprendan esta importantísima verdad: *No hay gobierno ni pueblo feliz sin la moral católica.* Entónces no se sancionará la usura, no se protegerá el error con la capa de tolerancia, no se entronizarán la fuerza, la soberbia, la ambición y la mentira, no se hará egoista la ri-

queza, ni la miseria se rebelará, ni la maldad se hará impune, ni la inocencia perseguida, ni llorarán las viudas y huérfanos, ni la revolución turbará la dulce paz de los pueblos, ni la guerra inundará de sangre los campos. Imperará la justicia, los gobernantes serán padres, los gobernados serán dóciles hijos. Este sí será verdadero progreso.

Pero querer materializar a la humanidad, proporcionándole solamente los goces de los sentidos, las comodidades del lujo, las ventajas del comercio, las riquezas de la usura, las grandezas de una nación oprimiendo a otras, es no conocer lo que es felicidad verdadera; porque se conseguirá solamente que haya millonarios y miserables, tiranos y esclavos, filósofos é idiotas, mecánicos y no cristianos, infelices y desgraciados a millares en comparación de un puñado de atrevidos afortunados, que se tienen falsamente por felices y son la abominación de Dios y de los hombres.

CAPITULO IX.

PADRES DE FAMILIA.

Si los gobiernos están tan obligados con Dios y con los pueblos a practicar y proteger la mo-

ral católica, aunque tanto se desentiendan de este sagrado deber, los padres y madres no lo están ménos respecto de sus familias. Ellos son, dice San Juan Crisóstomo, los apóstoles domésticos, y es muy rigurosa la cuenta que Dios les pedirá de las almas encomendadas a su custodia. La naturaleza misma les impone este deber y les da el ejemplo en los mismos irracionales. La ley de Dios santifica estos oficios naturales, y la conveniencia es el último estímulo, que viene a alentar más a los padres y madres con la segura esperanza de gozar de los frutos de una educación cristiana. La sociedad entera exige la buena educación moral, porque ella es lo que la educación misma. No se quejen los padres de que sus hijos sean desobedientes, rebeldes, altaneros, enemigos del estudio y del trabajo, y de que al fin les den, como dan muchos, el pesar inconsolable de morir en un pleito ó en un cadalso. Si no pusieron la diligencia posible para instruirlos, amonestarlos, y en el último caso, corregirlos aun con severidad y firmeza, ningún derecho tienen de lamentarse de los amargos frutos de su desidia, abandono y mal ejemplo. Si la sociedad sufre en su seno jueces venales, magistrados injustos, administradores ladrones, abogados chicaneros, empleados infieles, jóvenes viciosos, sacerdotes relajados, co-

merciantes fraudulentos, artesanos mentirosos y tanta y tanta gente inútil, perdida y perjudicial, no se debe, en su mayor parte, a otra causa, que a la mala educación y peores ejemplos de los padres de familia.

Entre las clases acomodadas se cuida mucho de que los hijos aprendan urbanidad, lectura, escritura, aritmética y las otras partes de matemáticas, la música, el dibujo, la gimnástica y hasta el tiro de la pistola; pero en cuanto a doctrina y moral cristiana no se habla una sola palabra. ¿Y esto entre católicos? ¿Qué resulta? Que los niños salen de esos establecimientos de enseñanza tan vanos, tan superficiales, tan pedantes, como los pomposos programas, según los cuales, han de salir de las escuelas hechos unos Salomones. ¿Y la moral? No se hable de esto. El niño, y más en el sexo masculino, es de suyo indevoto; párecele que una misa dura un siglo; rehusa rezar el rosario, leer un libro devoto, se inclina fuertemente a las malas compañías, le agradan las malas palabras, y hasta los modales soeces y groseros tienen para él atractivo. Si tales pasiones no se contradicen con energía y oportunidad, no se hace otra cosa que fomentar y preparar un joven libertino, impío, pendenciero y escandaloso.

Si por el contrario, la dulzura de una tierna

madre graba profundamente en el blando corazón del niño los principios del santo temor de Dios; si sabe infundirle desde la primera edad el horror a la mentira, al hurto, a la calumnia, a la impureza, a todo pecado; si se habitúa el hijo a ejercicios devotos, a los actos de misericordia, al respeto de los mayores, a la obediencia de sus padres, al estudio y aplicación ó al juicioso trabajo, entónces se prepara un jóven, que bien podrá perderse por desgracia, mas esto no es lo ordinario, sino que será la honra, el descanso y la gloria de los que le dieron el sér. Él llenará de bendiciones y de consuelos a sus ancianos padres; él será la esperanza de la sociedad; él se apartará de malos amigos, de la ambición de los destinos y de las revoluciones; él llegará a ser un padre de familia como los que lo educaron.

Un padre de familia, es la primera autoridad en su casa, el juez sin apelación en los disturbios domésticos, el administrador de los bienes, el guardian de las buenas costumbres, el modelo de los hijos y los criados, el maestro de sus súbditos, el buen compañero y apoyo de una dulce y casta esposa, el laborioso mantenedor de sus comenzales, el que profesa, para decirlo en una palabra, un estado de beneficencia, de enseñanza, de caridad y de quien pende en su

mayor parte la felicidad de las sociedades. Por esto se han tenido siempre por mas morigerados los pueblos en donde abundan los matrimonios, como por mas desmoralizados los que están llenos de solterones ó celibatos.

CAPITULO X.

DIRECTORES Y MAESTROS DE JÓVENES.

Tiempos hubo en nuestro país, y no muy remotos, en que en las escuelas se enseñaba solamente a pintar letras sin ortografía, a hacer cuatro cuentas, a ayudar a misa y a recitar de memoria el catecismo. Escasa enseñanza, pero en ella dominaba cierta moral. Todo se perdonaba presentando el niño, amagado del castigo, la estampa ó papel con cierto número, que correspondía al mas ó ménos valioso aguinaldo regalado al maestro; pero los sábados, que eran los días de lección de doctrina, no valía parco, porque nuestros abuelos fueron en esto más sabios que sus nietos. Un maestro, cuya cara se grababa en la imaginación del tímido niño, con sus anteojos, que solo usaban los viejos, y su disciplina sobre el hombro, infundía un terror perjudicial a la enseñanza, pero era respetado

y obedecido. Hoy la instruccion profana es algo mas amplia, está quitada la pena vergonzosa y horrible de los azotes, desahogo muchas veces del mal humor del preceptor, se trata con mas dulzura y humanidad a la niñez; pero lastimosamente se desperdician estas bellas circunstancias para hacer a los niños amar la moral y aprender con mas extension y claridad la doctrina.

Descargábanse ántes los padres con los maestros y estos con los padres; pero por fin unos ú otros, ó ambos, moralizaban al hijo ó discípulo en todo ó en parte. Hoy es el descargo de los preceptores la disposicion de un gobierno que no puede ignorar, que el hombre ha de tener alguna religion, y a pesar de eso, prohíbe que se enseñe la católica. ¿Será esta la voluntad del pueblo, que es la base de la actual política? Enáyese el poner escuelas en que se enseñe la doctrina y otras en que no se enseñe, y puede apostarse, a pesar de la corrupcion general, que será mucho mas numerosa la asistencia a las primeras; porque ese ateismo en que se quiere hacer crecer al niño, como una bestia, no es de nuestras masas, sino de algunos individuos que se dicen elegidos por ellas y para respetar su voluntad.

Nadie creará que un preceptor, especialmen-

te de primeras letras, pueda con conciencia segura, desaprovechar las preciosas oportunidades que tiene a su disposicion, para obrar la salvacion de muchas almas. Hasta a cómicos se enseña a los niños en nuestras modernas escuelas; ¿y no se han de enseñar a cristianos? Esto es no disimular, siquiera por dignidad, el odio que se tiene al catolicismo. ¡Infelices criaturas, nacidas en tiempos tan desgraciados! Ninguno despues de sus padres, puede evitarles este mal como el preceptor; pues a los párrocos hoy les están cerradas las escuelas, y cuando llaman con sus campanas, donde pueden sonar, y cuando invitan a los sermones, a que se traigan los niños a la doctrina, el pueblo idiota é insensible, ese pueblo degenerado, tan numeroso en nuestra sociedad, no hace el menor caso del llamado ó invitacion.

Los maestros pueden más; porque donde y cuando los ayuntamientos son mas observantes de las leyes y disposiciones municipales, se cuida mejor de la asistencia de los chicos, y por su falta se imponen multas muy justas a sus padres. Esto casi no se ve en las capitales y ciudades grandes. Lo contrario, sus barrios pululan en muchachos casi desnudos de uno y otro sexo, particularmente, hombres, que gritan y juegan groseramente en las calles, si no es que están

profiriendo desvergüenzas que oyen en las numerosas tabernas de la ciudad. Dígase: ¿qué ventaja puede sacarse de semejantes gentes educadas de esta suerte, para las ciencias, las artes, el comercio, la agricultura, el ejército, y de una vez, para la patria? Las ventajas de la inmoralidad que son los enjambres de ociosos, rateros, plagiarios, salteadores, borrachos, incontinentes, pendencieros, pasto y material de revoluciones, carne de cañon, pobladores de los infiernos.

CAPITULO XI.

LOS AMOS Y RICOS.

Tambien estos señores están de justicia obligados a procurar y propagar en sus respectivas órbitas la moral católica. Los unos por los deberes que los ligan para con sus amos, los otros por las ocasiones que les proporcionan sus dependientes y los pobres; unos y otros por las leyes de la caridad. Unos y otros por su propia y noble conveniencia. Hablemos primeramente de los amos.

Hoy es muy comun el hacerse servir por las personas que mejor y más barato hacen su ofi-

cio, sin cuidarse de la manera con que viven; ó más bien, sabiendo con certeza, que viven mal. Hay en esto el error de creer que no importa esta falta responsabilidad alguna. Error funesto. Si la misma ley de Dios, bien entendida, no mandara cuidar de la conducta de los siervos, como de la de los hijos, la razon bastaria para persuadirlo. El criado está en contacto con las personas a quienes sirve, padres é hijos. Estos oyen sus conversaciones, son muchas veces testigos de sus desórdenes, y tal vez se convierten en imitadores. ¿Podrá un buen católico ser indiferente a estos fatales ejemplos, a estos gravísimos perjuicios?

Nunca se habia relajado tanto la idea de *hombre de bien* como en nuestros dias. Hombre de bien se llama al deshonesto, al ebrio, al blasfemo, al usurero, a todo aquel que no roba; porque el Dios del siglo es el dinero, y la virtud está reducida a no hacer daño en la fortuna ajena. Todo lo demas importa poco ó nada. Pero así vienen a escarmentar muchos amos con la hombría de bien de sus sirvientes, quienes, no teniendo el freno de la conciencia ni el sentimiento de la verdadera virtud, el dia que ménos se piensa, desaparecen, llevándose dineros, alhajas ú otras cosas de valor. Muy justo castigo de los amos, que descuidan la moral de su

familia. Así se llaman hombres de bien los jugadores y tahures, los más cumplidos en pagar sus deudas de juego, que llaman deudas de honor; y tal vez el dinero que han perdido es ajeno, ó al ménos, es robado a su propia familia, quien carece de lo más necesario; pero el jugador que paga, es hombre de bien.

Ahora, los ricos, se supone, los que han enriquecido lícita y laudablemente; los ricos, que tantas relaciones tienen por sus contratos y negocios; los que proporcionan subsistencia a tantos dependientes, ¿qué proporcion tan grande no tienen de exhortarlos a una vida cristiana? Dá lástima ver en las fincas de campo los desórdenes y escándalos con que viven, dependientes, tal vez, de un rico piadoso y bueno, pero que no piensa en hacer buenos a los demás, por no tomarse una ligera molestia, por no parecer intolerante y beato, por no ponerse en ridículo, dicen: ¿Pues qué? ¿Tan ridícula es la virtud? ¿Son ridículos los preceptos de Dios? ¿Tan villana es la vida cristiana, que sea ridículo el propagarla y se avergüencen los hombres de exigirla en sus dependientes? ¿Por no perder un buen contador ó mayordomo, ha de permitir un católico que Dios sea ofendido en su propia casa? Estas son, entre otras, las razones porque Jesucristo dijo: «Que era más fácil que entrara

un cable por el ojo de una aguja, que un rico por la puerta del cielo.»

Por el contrario: un rico que, cumpliendo con los deberes que le impone en su buena fortuna la caridad, se procura dependientes que, no solo se llamen honrados y hombres de bien, sino que sean buenos cristianos, asegurará mejor sus bienes y atraerá sobre su casa las bendiciones de Dios y la riqueza; como sucedió con el egipcio que tuvo por mayordomo al patriarca José.

CAPITULO XII.

AMOR DE DIOS Y CELO DE LAS ALMAS.

Habiéndose tratado en los capítulos anteriores de quiénes pueden y quiénes deben ser propagadores, preciso es dar a conocer las circunstancias que deben concurrir en ellos ó las cualidades, que si no tienen, deben procurarse. Aunque ellas son muchas, las reduciremos a las principales, y ninguna merece tanto este título como el amor de Dios y celo de la salvacion de las almas, sobre que versará el presente capítulo.

El amor de Dios no se comprende ni en sí, ni en sus causas, ni en sus efectos, porque no